

Informe Global

OBSERVATORIO
LATINO
AMERICANO de la
GLOBALIZACIÓN

No 1, noviembre 2024.

DOI: 10.5281/zenodo.14183219

Transiciones: cortas o largas, reformistas o transformadoras, ajenas o propias

Eduardo Gudynas

Investigador en CEDIB (Centro de Documentación e Información Bolivia) y CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social).

Contacto:
egudynas @ globalizacion.org

INFORME GLOBAL ofrece análisis y reflexiones sobre la globalización y sus implicancias sociales, políticas, económicas y ambientales, desde una perspectiva independiente, crítica y rigurosa enraizada en América Latina.

El OBSERVATORIO LATINO AMERICANO de la GLOBALIZACIÓN es una iniciativa de CEDIB (Centro de Documentación e Información Bolivia), OLCA (Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales) y CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social).

IDEAS CLAVE

- ▶ Se ha popularizado el término “transiciones” para hacer referencia a cambios o modificaciones que llevarían a mejorar distintas condiciones sociales o ambientales. Las más conocidas se enfocan en energía y cambio climático, y son adjetivadas como justas.
- ▶ Se pone en evidencia que existen distintos tipos de transiciones en relación a los cambios propuestos para las estrategias de desarrollo.
- ▶ Se reconocen “transiciones cortas” que son tránsitos dentro de una misma variedad de desarrollo o entre sus distintas variedades, por lo que resultan en cambios sobre todo instrumentales y gerenciales.
- ▶ Se señalan “transiciones largas” que son tránsitos hacia alternativas que están más allá de cualquiera de las variedades de desarrollo contemporáneas.
- ▶ Las propuestas más numerosas y conocidas en el Norte global corresponden a transiciones cortas y aunque responden a las situaciones en esos países, son representadas como transiciones globales.
- ▶ Distintas transiciones globales imponen condiciones que reproducen la subordinación y dependencia global de América Latina, tienen severos efectos ambientales y sociales, e impiden la implementación de transiciones propias.
- ▶ Sigue presente una colonialidad de saberes, y en América Latina se padece la influencia, imitación, repetición o incluso el trasplante de ideas y propuestas diseñadas en el Norte global.
- ▶ Es urgente apoyar un pensamiento propio, independiente y riguroso, para construir transiciones que estén ajustadas a los contextos y urgencias de América Latina, y que exprese claramente las alternativas que las orientan.

En los últimos años, se ha diseminado el empleo de la noción de “transiciones” para un conjunto cada vez más numeroso de declaraciones, propuestas o planes. Entre las más repetidas se encuentran las referencias a transiciones en energía o en cambio climático, o bien las que se adjetivan como justas.

El uso de esa palabra por cierto no es nuevo, ya que cuenta con una muy larga historia que puede rastrearse al menos desde mediados del siglo XX, pero este nuevo empuje tiene varias particularidades, y entre ellas las de desplegarse en un entramado global, en un contexto de crisis sociales y ambientales planetarias. Las ideas de transiciones que se presentan y discuten en los países industrializados del llamado Norte global, tienen enormes influencias, tanto directas como indirectas, en los usos y entendidos en el Sur global en general, y por lo tanto en América Latina.

Prevalecen versiones de transiciones que, más allá de sus retóricas, están enmarcadas en los estilos de desarrollo convencionales, manteniendo la inserción global subordinada y dependiente de América Latina y el resto del Sur. También se repite una colonialidad de saberes por la cual se imponen, repiten o imitan nociones e ideas del Norte global. Incluso se han ignorado o desplazado los saberes del Sur. Estas cuestiones aparecen dislocadas entre sí aunque actúan complementándose.

En el presente informe, se abordan esas cuestiones comenzando por distinguir entre dos tipos de transiciones de acuerdo a sus abordajes de las estrategias de desarrollo. Se señala que algunas transiciones enmarcadas en las circunstancias del Norte son representadas como globales, y sus aplicaciones pueden tener efectos negativos comerciales, económicos y ambientales en América Latina. También se alerta sobre la enorme influencia que tienen esas ideas en el Sur, y los modos por los cuales se imponen o imitan. Es importante advertir estos problemas para poder generar transiciones propias ajustadas a los contextos y urgencias de América Latina.

Los usos recientes de la idea de transiciones

La palabra transición ha sido empleada para invocar cambios que permitirían resolver problemas sociales y ambientales. No es el propósito aquí revisar detalladamente sus antecedentes, ya que basta indicar que cobró notoriedad en el Norte global al elaborarse propuestas como las de los “nuevos pactos verdes”. El término fue empleado por gobiernos, empresarios, políticos, académicos y militantes sociales, con distintos énfasis. Rápidamente fue adoptado por agen-

cias de las Naciones Unidas y las instituciones financieras internacionales, se volvió un asunto de investigaciones académicas, y se coló en la agenda de la cooperación global.

Se hizo muy frecuente que las transiciones fueran presentadas como “justas”, y a la vez, muchas se enfocaron en energía y cambio climático, buscando reducir las emisiones de gases invernadero y lograr procesos productivos que fueran carbono neutrales. El Banco Mundial, por ejemplo, las denomina “Transiciones Justas para todos”.

En una formulación muy conocida, se presenta como una transición abandonar los automóviles con motores que queman gasolinas para reemplazarlos por otros con motores eléctricos que emplean baterías, o por nuevas fuentes como el Hidrogeno Verde. Planes como estos, a su vez, se insertan en otros más amplios, en los cuales las transiciones serían la expansión de la electrificación para reducir el uso de combustibles fósiles basados en hidrocarburos o carbón. En ese tránsito se propone ampliar las fuentes de generación de electricidad solar, eólica o hidráulica, con lo cual se reducirían las emisiones de gases invernadero.

Esto derivó en que el término quedara revestido por imágenes positivas, asumiéndose que asegurarían cambios beneficiosos, justos o que incluso resolverían los problemas en cuestión. Eso, al mismo tiempo, desembocó en inhibir las críticas, y en muchas ocasiones los cuestionamientos eran rechazados como propios de quienes impedían solucionar las crisis.

Ante esa diversidad de usos es necesario analizar los sentidos clave en la noción de la palabra transiciones para luego abordar sus implicancias en las estrategias de desarrollo.

La palabra transiciones

En castellano, el significado de transición refiere a la acción y efecto de pasar de un modo de ser o estar a otro distinto; el paso más o menos rápido de una prueba, idea o materia a otra, en discursos o escritos; o un cambio repentino de tono y expresión (según la Real Academia Española). Teniendo presente esas definiciones, así como los usos convencionales, puede indicarse que esta palabra implica un tránsito que ocurre desde un estado o situación hacia otro, que puede ser más o menos rápido, aunque no es repentino. La transición representa modificaciones paulatinas de un ritmo e intensidad distintas, por ejemplo, a los de una revolución.

En el campo del desarrollo, las transiciones guardan unos contenidos internos, tales como las distintas acciones o medidas que se postulan, que pueden ser cambios tributarios o regulaciones ambientales. Esos componentes mantienen relaciones entre ellos, y a su vez, todo el conjunto debería servir para alcanzar una meta. En sentido estricto, la transición es un tránsito hacia una meta, y por lo tanto se presupone que existen unos fines o propósitos que se deben alcanzar. Esto hace que, retomando el ejemplo de más arriba, cambios como ampliar la movilidad eléctrica sería una transición para reducir las emisiones de CO₂.

Transiciones cortas y largas

Cuando se examinan las principales o más conocidas versiones a las transiciones, considerando en particular aquellas calificadas como justas, o enfocadas en energía y cambio climático, en relación al amplio campo del desarrollo, se pueden distinguir al menos tres situaciones.

En un primer caso, se postulan transiciones que son ajustes o reformas instrumentales dentro de una misma variedad de desarrollo. Por ejemplo, considerando los estilos de desarrollo basados en la extracción de combustibles fósiles, se puede sostener que existe una transición cuando se pasa de explotar petróleo y gas convencional a aquellas que emplean la fractura hidráulica o fracking. O bien, cuando se transita desde un extractivismo ejecutado por empresas privadas a aquel en manos estatales.

Un segundo caso se refiere a los tránsitos desde una variedad de desarrollo a otra variedad. Este tránsito, que es más amplio que el anterior, necesariamente involucra más sectores y requiere de más medidas, pero tiene la particularidad de que de todos modos permanece dentro del campo de las ideas convencionales del desarrollo. Tengamos presente que en la actualidad casi todas las variedades de desarrollo predominante corresponden a distintas formas de capitalismo (1). Aún si se postulara un tránsito desde un tipo de desarrollo capitalista a otra variedad que se presenta como híbrida o socialista (como, por

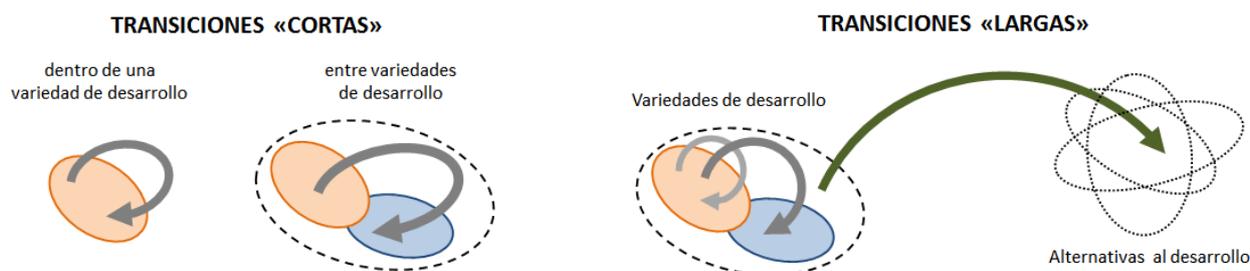
ejemplo, puede argumentarse para China), de todos modos se persiste en el núcleo básico de las nociones del desarrollo.

Estas dos primeras opciones se denominan aquí **transiciones cortas**, en tanto están enmarcadas en las ideas y sensibilidades propias del desarrollo, tal como se expresa en el dogma del crecimiento económico, la necesaria explotación de la Naturaleza, el optimismo científico tecnológico, o asumir que la calidad de vida se resuelve desde el consumo material.

Una tercera condición corresponde a lo que pueden calificarse como **transiciones largas**, ya que son tránsitos que buscan ir más allá de cualquier variedad desarrollo. Es importante advertir que la actitud en estas transiciones es muy distinta, ya que se considera que pasar de un tipo de desarrollo a otro no resuelve los problemas que actualmente se enfrentan. Insistir en tránsitos, por ejemplo, desde un modo de promover el crecimiento económico a otro, hace que se repitan distintas crisis sociales y ambientales. Para evitar eso, se apunta a alternativas al desarrollo, o dicho de otro modo, son alternativas a cualquiera de sus variedades, sean capitalistas, socialistas o de cualquier otro tipo.

Existen varias propuestas de alternativas que se ubican más allá del desarrollo, o al menos lo intentan. Entre las más discutidas en las últimas décadas en América Latina se cuentan las englobadas bajo la denominación de Buen Vivir o Vivir Bien, en sus formulaciones originales. Este no es el sitio para describirlas en detalle, pero basta tenerlas presentes, advirtiendo que no están restringidas al campo del desarrollo, sino que se extienden en otras dimensiones. Se plantea, entre otras cosas, superar la dicotomía sociedad-Naturaleza, rechazar la adhesión dogmática al crecimiento económico perpetuo, y reconocer valores propios en lo no-humano para desembocar en los derechos de la Naturaleza. Como puede verse, esas alternativas implican cuestionar conceptos clave como el papel de los mercados, la propiedad o los modos de asignar valores.

Cuadro 1



Alternativas y transiciones

Las calificaciones de transiciones cortas y largas reflejan una imagen de distintos recorridos, estructuras y metas, así como diferentes temporalidades. En las transiciones largas, los tránsitos propuestos no son fines en sí mismos, sino que responden a los propósitos alternativos que se defienden. Esto permite indicar la importancia que reviste determinar y explicar la alternativa que se postula. Solamente después de definir las se pueden derivar los tránsitos necesarios para alcanzarlas.

Las alternativas como fines se corresponden con futuros deseados, como pueden ser aquellos en los que se elimina la pobreza y se asegura la vida en la Naturaleza. Las transiciones son los medios para alcanzar esos futuros. Dicho de otro modo, las transiciones son una consecuencia de esas metas.

En cambio, las **transiciones cortas tienden a convertirse en fines en sí mismas**. En efecto, persisten dentro del campo de ideas y sensibilidades del desarrollo, sin ponerlos en discusión, y no cuestionan sus bases conceptuales y afectivas. Las opciones que se ofrecen abordan cómo gestionarlo, los ajustes tecnológicos, el manejo de sus impactos, o los agentes que lo implementan. De este modo, se ofrecen transiciones que discuten, por ejemplo, si los extractivismos estarán en manos privadas o estatales, si se aplicará una u otra tecnología, o cómo se distribuirán sus excedentes económicos. En el mismo sentido, se superpone el creciente uso de etiquetas tales como minería sostenible, litio verde o ético, y así sucesivamente, como alternativas viables. En transiciones de ese tipo no están contenidas críticas a cuestiones como la propiedad, el papel del mercado, las concepciones de la Naturaleza o el valor. Otro tanto ocurre con muchas transiciones que únicamente abordan la reducción de las emisiones de gases invernadero a partir de suplantarse unas fuentes de energía por otras, sin atender si la demanda o el uso final de esa energía es legítimo o necesario, o bien si sirve para mantener la desigualdad y consumos opulentos.

Como puede verse, hay transiciones que se enfocan en uno o unos pocos sectores dentro de un mismo tipo de desarrollo, y por ello sus recorridos son cortos; sus estructuras internas atienden uno o unos pocos sectores, y que al enfocarse en sí misma se desentienden los debates sobre las alternativas. En cambio, hay tránsitos que pueden retratarse como más largos porque pretenden salir de las distintas variedades de desarrollo, lo que les impone considerar varios sectores a la vez, con medidas en múltiples frentes, y que necesariamente deben organizarse y alinearse con unas metas alternativas.

Se pueden ofrecer algunos ejemplos. Existen transiciones en energía que en realidad son una reconversión de las fuentes de electricidad, tales como promover aquellas de origen solar, eólico o hidráulico (calificadas como “renovables”), para así reducir el consumo de combustibles fósiles. Este tipo de situación se observa, por ejemplo, en Chile, donde se desea abandonar la generación eléctrica a partir de quemar carbón, implantando extensos campos de paneles solares o de molinos de viento. Cambios de ese tipo pueden ser positivos en algunos sentidos, y esa posibilidad aquí no está en disputa. Pero esa modificación en las fuentes de energía no implica que se cuestione, revise o modifique, por ejemplo, la altísima demanda de energía y para qué se emplea esa energía. En Chile, el sector que más consume energía eléctrica es la minería (34% del total), y además se espera su aumento sustancial en el futuro cercano, pero este patrón de consumo desigual no se discute adecuadamente (2). Es justamente por esas limitaciones que ese tipo de transiciones son cortas.

Sin dejar de negar los aportes que esas aproximaciones puedan otorgar, no debe pasar desapercibido que no se busca ir más allá del desarrollo. Es así que esas transiciones cortas no abordan varios asuntos, como el abanico de las inequidades sociales y la explotación de la Naturaleza, y no se adentran en modificar mecanismos muy arraigados tales como el propósito del lucro, el papel de la propiedad, o el acceso o el control sobre la Naturaleza y las personas.

La imagen de distancia también permite mostrar que están involucrados diferentes temporalidades. Las transiciones largas, al abordar varios sectores y multiplicar sus contenidos, requerirán más tiempo que una transición corta (donde basta cambiar una fuente de energía por otra). Además, una transición corta puede tener un contenido que impide dar otros nuevos pasos en una trayectoria de cambio, y eso puede



Campo de paneles solares cubriendo áreas agrícolas ganaderas en el sur de Chile. Planta en Panguipulli, región de Los Ríos.
Foto de Diario Sustentable.

pasar desapercibido porque la atención está puesta en el ajuste instrumental o gerencial. En cambio, los tránsitos largos son una sucesión de acciones donde cada una debe permitir y potenciar dar un paso siguiente. En tanto éstas son plurales, el encadenamiento de sus componentes se vuelve clave.

Las transiciones cortas son populares precisamente porque no expresan críticas radicales, ya que están ajustadas a los convencionalismos sobre lo que se considera tolerable para discutir. Se acepta aplicar el término transiciones a distintos tránsitos, siempre que sean entre variedades de desarrollo, sin que necesariamente se aclaren todas las implicancias. Dejar de lado las metas en juego, es funcional a esquivar discusiones sobre asuntos urticantes como la propiedad y el mercado. En cambio, si los cuestionamientos avanzan sobre elementos centrales de las ideas del desarrollo, como la propiedad, capital o mercado, esas transiciones son consideradas inaceptables e intolerables por muchos actores sociales.

Las transiciones cortas en el contexto global

Las nociones de transiciones se despliegan globalmente. Teniendo presente esa condición, debe señalarse que distintas transiciones que se elaboran en los países industrializados, enfocadas en sus problemas y enmarcadas en sus contextos, luego son representadas como globales. El proceso inverso, por el cual una transición sudamericana se vuelva una causa global, no ocurre.

Esta asimetría es muy evidente en muchas transiciones en energía y cambio climático, ya que sus principales contenidos responden a problemáticas del Norte global, y por ello deberían denominarse como transiciones “europeas” o “de los países industrializados”. Sin embargo, son calificadas como “transiciones globales”. Se produce, e incluso se promueve, la idea que esas propuestas son positivas y necesarias para todo el planeta. Es más, se utiliza esa cualidad para reforzarlas con compromisos morales, y se espera que el Sur global cumpla ciertos papeles en esos cambios. Por otro lado, el Norte ostenta un poder desproporcionado en calificar las cuestiones que son o no son globales.

Simultáneamente, la implementación de una transición en el Norte tiene consecuencias concretas en el Sur. Las medidas económicas o comerciales que pudiera tomar, pongamos por caso, la Unión Europea, determina las opciones de exportación e importación de bienes para muchos países en otras regiones.



Extractivismo de litio en el Sur: planta de carbonato de litio de la empresa estatal Yacimientos de Litio Bolivia (YLB) en el salar de Uyuni, inaugurada en 2023. Foto YLB.

Una expresión de estas cuestiones se refiere a las conocidas transiciones europeas que proponen el uso generalizado de baterías. Entre las más conocidas están las transiciones desde los automóviles con motores de combustión interna a los que utilizan baterías basadas en litio, y otras propuestas basadas en los llamados “minerales críticos”. Ese tránsito está pensado y diseñado, sobre todo, para asegurar que los consumidores en los países más ricos puedan seguir comprando y utilizando automóviles; es una transición corta porque el papel del vehículo privado no está en entredicho. Pero se la reviste una y otra vez de cualidades globales referidas, por ejemplo, a que se reducirían las emisiones de gases invernadero del sector transporte. Esos cambios tienen muchos efectos en el comercio global.

En efecto, una transición que masifica el uso de baterías de litio promoverá un aumento en los extractivismos mineros de litio y de otros minerales en el Sur, y en especial en algunos países sudamericanos (como Chile, Argentina y Bolivia). Esas actividades tienen un enorme abanico de efectos negativos sociales y ambientales.

Desde un punto de vista europeo, esa transición energética busca cambios que pueden ser entendidos como positivos; desde la mirada de China, también habría beneficio en tanto es manufacturadora de baterías y automóviles eléctricos. Es más, esa posición de China muestra que la noción de Norte global también incluye a ese país, como a otros que se comportan de modo similar.

Las transiciones que alimentan esos países provocarán efectos negativos sociales y ambientales en América Latina. Incluso puede argumentarse que esa transición, supuestamente global, no provocará ni

alentará una transición dentro de América Latina, sino que **reforzará los estilos de desarrollo extractivistas convencionales**, manteniendo a la región como proveedora de materias primas.

En tanto, esa transición energética del Norte está revestida de atributos globales, se producen discursos por los cuales, países como Chile, Argentina y Bolivia, estarían obligados a brindar sus minerales para enfrentar un problema planetario: el cambio climático. Esas consideraciones, más allá de que sean exageraciones, al repetirse crean un mandato moral por el cual no explotar el litio en el Sur sería un acto vergonzoso.

Estas condiciones son aprovechadas por gobiernos y empresas, tanto en el Norte como en el Sur, para promover aún más los extractivismos de esos y otros minerales. Actores en el Norte, como pueden ser políticos, empresarios o inversionistas, como otros aquí en el Sur, ubicados, por ejemplo, en las subsidiarias nacionales, distintos ministerios o las agencias de consultoría, promueven ese tipo de desarrollo. Sea de un modo u otro, se acentúa la subordinación en el campo del comercio y la economía.

Las transiciones subordinadas a ese Norte, como ocurre con la minería de litio, potencian al mismo tiempo otras iniciativas y posturas que operan en el mismo sentido. Se suman propuestas como las de minería de tierras raras o la generación de Hidrógeno Verde, y se les otorgan apoyos y subsidios estatales de todo tipo, tanto en el Sur como en el Norte. A la vez, se entremezclan con instrumentos como el pago por servicios ecosistémicos, créditos de biodiversidad o mercados de carbono, todos enmarcados en la mercantilización de la Naturaleza. Los impactos en las comunidades y el ambiente en unos casos se justifican como necesarios para la supuesta transición energética global, y en otros se intenta superarlos ofreciendo compensaciones económicas.

Como puede verse, discurren entrelazados unos con otros, varios procesos donde se encierran distintas asimetrías. El Norte global dispone de capacidades desproporcionadas en poder calificar a sus propias transiciones como globales, y al mismo tiempo, cuando las aplican, desencadenan cambios en políticas económicas y comerciales en muchos países del Sur, y éstas acarrearán impactos sociales y ambientales. A pesar de que varias voces han advertido sobre algunas de estas asimetrías, siguen prevaleciendo las adhesiones acríticas e imitativas a las propuestas de transiciones desde el Norte.

Construcciones y blindajes

El fuerte protagonismo de las transiciones elaboradas en el Norte global, especialmente en Europa occidental, responde a varias razones. Entre ellas se debe mencionar el protagonismo de la Unión Europea (UE) bajo el programa de reformas planteado en el Acuerdo Verde Europeo (en el formato de un Green New Deal), que contempla varias medidas, todas comprometidas con asegurar el crecimiento económico (lo que las ubica dentro del campo del desarrollo), y que dicen que lo harían asegurando la neutralidad en sus emisiones de carbono. Este programa se presentó como una “transición justa”. En Estados Unidos ocurrieron iniciativas similares, como las del ala de izquierda en el Partido Demócrata (con Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez).

Al mismo tiempo, se multiplicaron los actores involucrados en diseñar y analizar transiciones en los países industrializados. Se crearon grupos de estudio y centros de investigación; la abordaron los distintos grupos político partidarios, asociaciones empresariales, sindicatos y organizaciones ciudadanas; y se volvió un tema recurrente en muchos medios de prensa. En ese abanico de actividades se generaban acciones y reacciones que, más allá de criticar o apoyar sus distintas versiones, repetían una y otra vez el eslogan de la transición, y reforzaban la noción de que estas se enfocan en energía y cambio climático.

Esa dinámica rápidamente se internacionalizó por varios canales. Unos incluyeron las relaciones intergubernamentales, tales como la UE, presentando sus exigencias comerciales en el marco de sus transiciones ante sus socios comerciales. Otros discurrieron entre contrapartes político partidarias, y otros más por medio, por ejemplo, de la cooperación académica, los vínculos entre sindicatos, o las relaciones entre movimientos sociales entre el Sur y el Norte.

Se observa que la **construcción de las nociones recientes de transiciones se produjo desde múltiples actores y espacios**. Esto decididamente instala la cuestión ya que son muchos los que hablan y discuten opciones bajo esa palabra. Además, varios protagonistas, como pueden ser los centros de investigación en Europa o Norteamérica, son usualmente mirados con respeto desde el Sur. La participación de políticos, sindicatos o activistas sociales del Norte, tienen también contrapartes en el Sur que los escuchan con atención y los toman como referentes. Todo esto blindó a la noción de transiciones, haciéndose difícil esgrimir críticas radicales sobre su uso.

El empleo de la palabra transiciones como una etiqueta también provoca que se confundan distintos

contenidos y alcances en esos tránsitos. La discusión reciente en Colombia sobre las transiciones energéticas, especialmente las que involucran la explotación de hidrocarburos, son un ejemplo de ello. Esto se debe a que algunos actores gubernamentales, como ciudadanos, invocaban una transición pospetrolera, que implicaba abandonar tanto la explotación como la exploración de hidrocarburos. Un cambio de ese tipo correspondería a una transición larga. Sin embargo, las medidas concretas del gobierno colombiano (e incluso algunas propuestas ciudadanas), apuntaron en unos casos a detener nuevas exploraciones, pero continuar con la explotación, y en otros casos, persistían una y otra. Esos dos tránsitos expresarían respectivamente una transición acotada y otra que finalmente se diluye, y por lo tanto corresponden a la opción corta. Lo relevante del caso colombiano es que la insistencia en el uso de la palabra transiciones como eslogan terminó opacando un análisis racional de sus reales contenidos.

Imposición, influencia, imitación

Pasando a abordar la formulación de transiciones en América Latina, está claro que todos los procesos indicados arriba operan en nuestra región. Los gobiernos han empleado el término de transiciones, incluso por un tiempo más largo de lo que algunos suponen; por ejemplo, se utilizaba esa palabra para referirse a cambios en el sector energía en las administraciones Piñera en Chile y Duque en Colombia.

Más recientemente, a medida que esa palabra la promueven más y más actores del Norte, se potencia su influencia, y en algunas circunstancias se vuelven **imposiciones**. Este proceso es similar a la promoción de “recetas” en estrategias de desarrollo que se hacía desde el Norte sobre América Latina desde hace mucho tiempo.

Los gobiernos latinoamericanos comenzaron a usar los términos de múltiples maneras. En la actualidad, en Chile, el plan de descarbonización de la energía en el sector de minería que publicita el Ministerio de Energía emplea el eslogan “Transición Energética Justa”, y el Ministerio del Medio Ambiente conformó un panel de expertos para elaborar la Estrategia Nacional de Transición Socioecológica Justa. En Colombia, la administración utiliza esa palabra con más énfasis; por ejemplo, su reconversión eléctrica se presenta bajo el título de TEJ –Transición Energética Justa. En Brasil, en 2023 se acordó un plan nacional de transformación ecológica donde una de sus prioridades es la transición energética; Petrobras lanzó un plan de transición energética justa; y el BNDES (Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social) creó un fondo de mil millones de reales que, según



Campañas de transición energética en Colombia del Ministerio de Minas y Energía, bajo la administración de Ivan Duque (2021); reemplazada por la Transición Energética Justa en el gobierno de Gustavo Petro. Imagen del MinEnergía.



Presentación del Ministerio de Energía de Chile en su sección de participación. Reproducido de <https://participaconenergia.minenergia.cl/es-CL/folders/transicion-justa>

describe, financiará la explotación de “minerales estratégicos” necesarios para la transición energética. Entretanto, en Ecuador, se creó el Ministerio del Ambiente, Agua y Transición Ecológica. Las instituciones financieras no se quedaron atrás, y tanto el BID como CAF posee iniciativas que describen como enfocadas en transiciones justas.

En otros casos, ocurren **trasplantes académicos**, cuando una transición se elabora en alguna institución en ese Norte afirmando que se debería aplicar en América Latina. Un ejemplo reciente es el programa de una “transición justa” para la Amazonia de la conocida economista Mariana Mazzucato, acompañada por J.P. Braga (3). Esa propuesta se elaboró en un centro académico en Londres, y está acoplada a la conocida metodología de Mazzucato de “misiones” de reformas en el desarrollo, que ella misma afirma que tienen el propósito de salvar el capitalismo. Su contenido corresponde a transiciones cortas dentro de una misma variedad de desarrollo, ofreciendo contenidos genéricos (como el llamado a “industrias

verdes”), y lo que califica como novedades en realidad se han ensayado por décadas en América Latina (tales como el papel de las empresas estatales o del financiamiento público). Pero lo más impactante es que esta transición, que supuestamente se enfocaría en la Amazonia, aborda de forma muy limitada las circunstancias de esa región. No se incorpora su historia, por momentos parece olvidarse que la Amazonía está fracturada entre ocho países y una colonia francesa, y no dialoga con las circunstancias políticas actuales (4). Por lo tanto, este es un ejemplo por el cual una transición es elaborada desde una capital en el Norte y se la presenta a un conjunto de países y sociedades como una receta que deberían seguir.

En otras circunstancias están en marcha procesos indirectos donde se **mezclan la influencia, la imitación o la repetición**. Aclarando que esto es independiente de las intenciones de los participantes, lo cierto es que en América Latina se vienen presentando propuestas de transiciones que son muy similares a las del Norte industrializado.

Esto ocurre con frecuencia con aquellas versiones latinoamericanas que abordan las transiciones en energía y cambio climático enfocadas en reducir las emisiones de CO₂ y en los sectores de transporte y energía. No es raro que pase desapercibido que ese foco en el CO₂ o en el transporte y energía, aunque es entendible para las naciones industrializadas, no es la mejor aproximación para América Latina. Es que en nuestro continente las principales fuentes de emisión en casi todos los países provienen de la deforestación, agropecuaria y cambios en el uso del suelo, y eso implica que el gas metano tenga una enorme importancia. Por lo tanto, las transiciones en energía y cambio climático que respondan a los contextos latinoamericanos deben darle especial atención a las estrategias de desarrollo agropecuario o la tenencia de la tierra, y las emisiones de todos los gases invernadero, no solamente el CO₂, sopesando detenidamente el papel del metano. La lección en esto es que cada transición necesariamente debe considerar los contextos sociales y ecológicos, y por lo tanto las transiciones diseñadas para unos contextos no son trasplantables a otros.

Colonialidad de los saberes

La explicación que se acaba de ofrecer muestra que así como hay una subordinación global de América Latina como proveedora de materias primas bajo algunos tipos de transiciones, algo análogo ocurre en el campo de las ideas. Debe reconocerse que la colonialidad de saberes que sigue operando en la globalización actual alcanza al campo de las transiciones.

Se entremezclan la **imposición, la imitación y la repetición** de las ideas y contenidos del Norte.

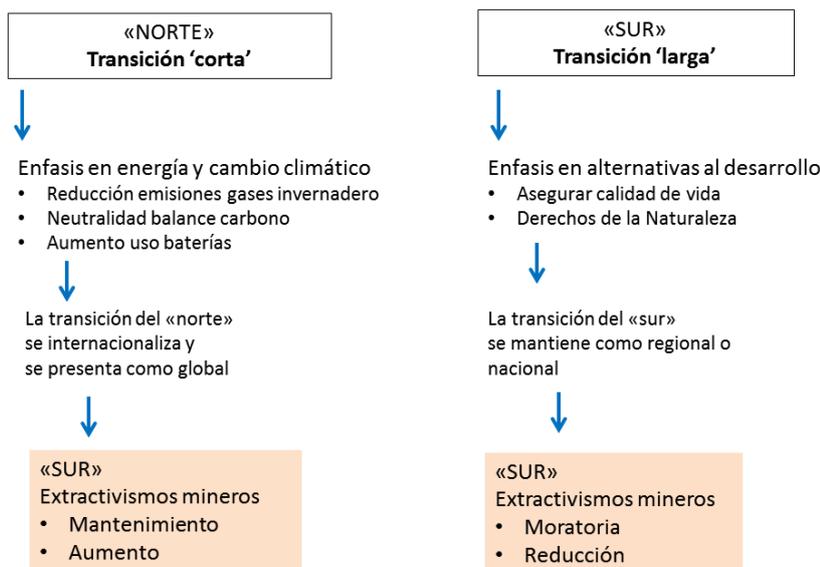
Algunos celebran que se copien las proposiciones elaboradas en el Norte, entendiendo que son las guías a seguir. Son quienes siguen atrapados en las posiciones tradicionales, que están convencidas de que el Norte muestra las mejores versiones del desarrollo y que son las que deben aplicarse en el Sur. Otros, en lugar de copiarlas, las mezclan con algunas ideas a partir de lo que ocurre en América Latina, persisten en los mismos fines. En cualquiera de esas posturas también se observa que se emplea preferentemente el lenguaje elaborado en el Norte. Esa dinámica termina adentrándose en muchas organizaciones ciudadanas y espacios académicos latinoamericanos.

Estas situaciones revelan que se padece de una actitud acrítica, unas veces celebrada y en otras resignada, desembocando en acentuar la subordinación del Sur en el campo de las ideas. Se anula o debilita una evaluación crítica, rigurosa e independiente de las transiciones elaboradas en el Norte global y, al mismo tiempo, no se valoran debidamente los ensayos y reflexiones generadas en nuestra región.

Esos procesos afectan a no pocas organizaciones en la sociedad civil, y se expresan en deformaciones temáticas, alteraciones en las escalas y disociaciones en los contenidos. Las **deformaciones temáticas** se deben a que prevalecen cuestiones propias de las discusiones en el Norte por encima de los asuntos latinoamericanos; eso explica la prevalencia de las transiciones en energía y en cambio climático, mientras son más escasas las que abordan la agricultura y ganadería en nuestro continente. Las **distorsiones de escala** ocurren cuando se aceptan que unas transiciones son globales a costa de dejar en segundo plano las urgencias nacionales y regionales. Finalmente, se repiten disociaciones entre las retóricas y los contenidos concretos; hay transiciones con discursos enérgicos, por ejemplo cuestionando el capitalismo, pero cuando se examina en detalle los ingredientes de las medidas propuestas, se encuentra que buena parte de ellas son transiciones cortas.

La dinámica de importar o imitar otras transiciones ha hecho que en ciertos casos se olvidaran o marginaran experiencias latinoamericanas que ocurrían en América Latina mucho antes del presente boom. Un caso destacado fueron las propuestas de transiciones a los extractivismos que se elaboraron especialmente en Perú, Ecuador y Bolivia desde el año 2010. En cambio, las discusiones sobre transiciones que se desarrollaron en 2022-23, por ejemplo en Colombia, en muchos casos no atendieron esa historia pasada

Cuadro 2



ni lo ocurrido en los países vecinos, estando más interesada en las temáticas europeas (varias evocan transiciones discutidas en Alemania). Las consecuencias no son menores, porque las propuestas latinoamericanas de la década anterior correspondían a transiciones largas y, en cambio, las más recientes, están dominadas por las transiciones cortas.

Implicancias para la sociedad civil

Es oportuno considerar, al menos brevemente, algunas implicancias del entramado de la colonialidad de saberes al abordar las transiciones en América Latina. Como se adelantó arriba, no puede descartarse la influencia de intelectuales, activistas o agencias del Norte, que más allá de las intenciones de uno u otro lado, afectan las reflexiones sobre transiciones dentro de nuestras organizaciones o movimientos. El investigador norteamericano visitante en una universidad o el cooperante europeo en una ONG, con la mejor intención, pueden ayudar o colaborar con la elaboración de una transición en América Latina. Apelará, como es natural, a los saberes que tiene a mano, por lo que inevitablemente el resultado reflejará las discusiones de aquel Norte industrializado.

También hay que reconocer que hay activistas y promotores latinoamericanos que se **autolimitan** al abordar las transiciones posibles. Algunos considerando que cualquier propuesta radical les cercenaría los apoyos ciudadanos, y eso los decanta hacia las transiciones cortas con sus ajustes instrumentales. Eso ha provocado que en muchos países se discuta, una y otra vez, por ejemplo, sobre transiciones desde extractivismos en manos de empresas privadas a otros que fueran compañías estatales.

Tampoco pueden olvidarse las dificultades que en América Latina enfrentan las organizaciones ciudadanas (también la academia) para contar con las personas, el tiempo y el financiamiento adecuado para hacer propuestas de transiciones más elaboradas y detalladas. Bajo ese contexto, que a la vez se da la mano con el enorme abanico de demandas que manejan las organizaciones ciudadanas, terminan por debilitar las opciones de pensamiento propio. Ante la urgencia, puede haber momentos en que no hay otra opción que adherirse a una iniciativa en transiciones elaboradas por otros.

Tránsitos opuestos

La breve descripción sobre las asimetrías en lidiar con la noción de las transiciones, que opera tanto en las ideas como en acciones concretas, hace posible abordar algunas contradicciones que parecería pasan desapercibidas. Como se indicó antes, las típicas transiciones del Norte son cortas, enfatizando reformar en las fuentes de energía para combatir el cambio climático, y que al ser representadas como globales, terminan promoviendo extractivismos como los del litio y otros minerales en América Latina.

En cambio, siguiendo la intención de construir alternativas al desarrollo, tal como se ha ensayado en América Latina, se despliegan transiciones largas. Esos primeros pasos clarifican propósitos como asegurar la calidad de vida de las personas y los derechos de la Naturaleza (dos de las reivindicaciones más conocidas en la región). Desde allí se derivan las transiciones, entendidas como medios para alcanzar esos fines. Ese tipo de transiciones son usualmente etiquetados como regionales o nacionales (por ejemplo, se las califica como andinas o amazónicas, tam-

bién como ecuatorianas o bolivianas). Para asegurar esos fines es indispensable, entre otras medidas, abandonar los extractivismos mineros, usualmente expresadas en las conocidas transiciones postextractivistas. Las acciones concretas implican, pongamos por caso, la moratoria sobre la extracción de algunos minerales (como el oro) y una drástica reducción de otros (desde el cobre al litio) (véase el Cuadro 2).

Como puede verse, el resultado final de esta transición es opuesto al que resulta de aquellas promovidas desde el Norte. Quedan en evidencia que estamos ante **tránsitos que tienen sentidos opuestos**. Es más, las transiciones cortas del Norte que promueven la extracción de litio y otros minerales, impiden o entorpecen aquellas transiciones postextractivistas que urgentemente necesita América Latina.

Impedimentos cruzados

Existen elementos que se repiten en transiciones cortas y largas, sean elaboradas en el Norte como en el Sur. Por ejemplo, la aspiración a reducir las emisiones de gases invernadero o reformar el transporte, que dominan muchas discusiones en los países industrializados, también son necesarias en América Latina. Pero es importante advertir cómo se insertan y qué posición ocupan en el conjunto de propuestas y acciones propias de una transición.

Se puede ejemplificar esta problemática retomando los casos de transiciones cortas, defendidas en América Latina, a imagen de las estrategias del Norte, en las que se postula una reducción de las emisiones de gases invernadero y la carbono neutralidad. En Chile existe un esfuerzo en ese sentido, como ya se indicó, abandonando quemar carbón para pasar a fuentes

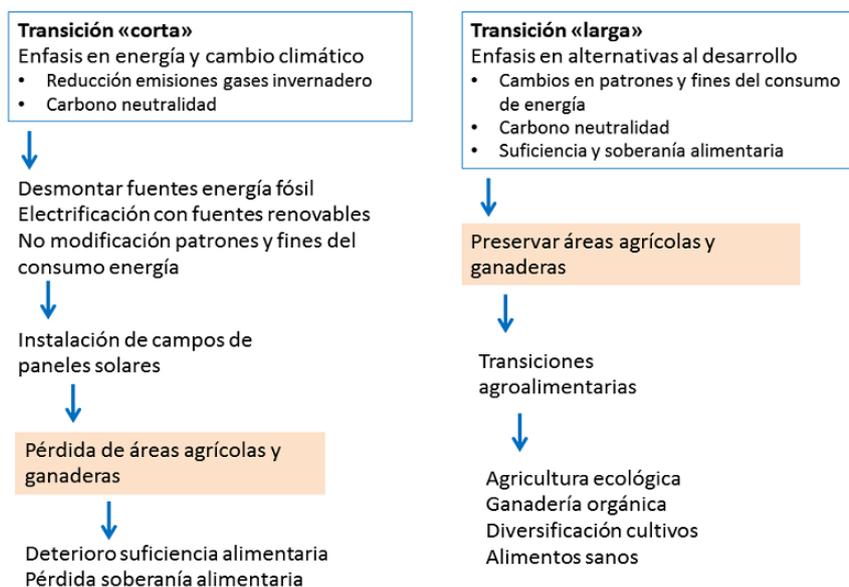
renovables de electricidad como solar o eólica. No se cuestiona, como se comentó arriba, los usos y la intensidad en la demanda de la energía, y por ello son transiciones cortas.

Pero esa proliferación de campos de paneles solares implica la pérdida de áreas de uso agrícola y ganadero, lo que lleva a un deterioro de la suficiencia alimentaria. Esto obligaría a cultivar sobre otros sitios de menor aptitud agrícola, lo que acarrea varios impactos, o incrementar las importaciones de alimentos, haciendo que también se deteriore la soberanía alimentaria.

En cambio, una transición larga no renuncia a propósitos como los enfocados en descarbonizar las fuentes de energía y reducir las emisiones de gases invernadero, pero sostiene que en América Latina también es esencial asegurar la suficiencia y soberanía alimentaria. Como consecuencia, es necesario preservar las áreas agrícolas y ganaderas, y al mismo tiempo, se debe transitar hacia prácticas orgánicas y ecológicas, para tener alimentos suficientes, que sean sanos y que aseguren la calidad ambiental.

Si se comparan las dos secuencias (cuadro 3), queda **una transición impide o entorpece a otra transición**. En ellas la relevancia de asegurar las tierras para cultivos y ganadería ocupan ubicaciones muy distintas. No es solamente un asunto de disponer esas áreas, sino que bajo las transiciones largas, al cuestionarse las ideas de desarrollo convencionales, resulta que no se puede continuar con una agropecuaria basada en el petróleo, maquinarias, agroquímicos y transgénicos. Es necesario otro tipo de relación con la tierra y asegurar que desde allí se obtengan alimentos sanos en equilibrio con los ambien-

Cuadro 3



tes locales. En cambio, una transición corta, sea impuesta desde el Norte o una que desde el Sur la imita, puede tener consecuencias que impiden concretar una transición larga latinoamericana.

Ensayos latinoamericanos

Distintos ejemplos abordados en este informe muestran otros modos de entender las transiciones cuando son pensadas desde los contextos latinoamericanos. En efecto, han existido varias iniciativas de ese tipo, y entre ellas, las promovidas por organizaciones ciudadanas y actores académicos desde 2010, empleaban la idea de transición como un medio para alcanzar otros futuros, con metas más allá de las ideas convencionales del desarrollo, lo que determinaba que fuesen transiciones largas.

En esas iniciativas, las transiciones fueron definidas del siguiente modo:

- un conjunto de políticas, estrategias y acciones, que incluyen desde las llamadas políticas públicas a modificar los patrones culturales,
- que deben desmontar las causas que generan los problemas agudos más graves,
- con pasos encadenados y coordinados entre sí, donde cada uno debe permitir y aumentar las posibilidades para dar otros pasos más, mostrando que los cambios son posibles,
- cuyas metas son la erradicación de la pobreza y asegurar la vida, tanto humana como no humana.

En sus formulaciones originales fueron presentadas como transiciones postextractivistas, y sus metas correspondían a las nociones de Buen Vivir. Rápidamente se reconoció que no podían estar acotadas a un tema o un sector, ya que debían incidir en varios campos a la vez. Tampoco podían ser ajustes instrumentales, ya que se reclamaban cambios tanto políticos como culturales. Como su estructura y composición interna era dependiente y derivada de los propósitos alternativos, su diseño y ejecución requería pensar y discutir sobre otros futuros posibles.

Pensamiento propio desde la ciudadanía

Como puede verse por los temas abordados en este documento, están en juego distintos desafíos para las organizaciones ciudadanas. Es necesario reconocer que en nuestro continente, como en otros, el esgrimir la necesidad de cambios genera muchas resistencias. Las transiciones, sean cortas o largas, enfrentan la oposición de actores con poder político y económico que se benefician de los estilos de desarrollo tradicionales, y que rechazan cualquier modificación. A algunos de ellos les resulta intolerable incluso una transición corta al estilo europeo.

Esto explica la extraña situación que transiciones cortas, muy modestas, como por ejemplo las que se ensayan en el sector energía en Chile o se pretenden con la explotación de combustibles fósiles en Colombia, son atacadas por actores conservadores y dogmáticos como si fueran reformas radicales. En esos contextos tan conservadores, se corre el riesgo de apoyar unas transiciones cortas como si fueran mucho más radicales de lo que realmente son.

Al mismo tiempo, las transiciones cortas, y en especial si son imitativas de aquellas propuestas en el Norte, pueden tener efectos que refuerzan en América Latina los desarrollos convencionales, particularmente su subordinación como proveedora de materias primas. Incluso pueden operar en sentido contrario, impidiendo o limitando la construcción de transiciones largas propias desde América Latina.

Todo esto hace que el examen crítico e independiente de las transiciones se vuelva un requisito indispensable. Esto no significa rechazar ideas y componentes en las transiciones que se elaboran en el Norte, sino aprovechar lo que sea relevante o adaptable a nuestras circunstancias, sin renunciar a la elaboración propia.

También se debe ser cuidadoso al sopesar los ensayos de cambio realizados en el continente. Nuestra historia reciente muestra muchos ejemplos de intentos de reformas o ajustes dentro de los desarrollos convencionales, muchos de ellos bajo los gobiernos progresistas, que son típicos de las transiciones cortas. Esos cambios fueron insuficientes para resolver las causas de fondo de los problemas actuales, y solamente pudieron retrasar o amortiguar algunos impactos sociales y ambientales.

Esa incapacidad o agotamiento ha sido repetidamente señalada en nuestro continente por algunos actores. Pero la situación es tan dramática que también se lo reconoce en el seno de la elite empresarial y económica global. Por ejemplo, el influyente periodista del *Financial Times*, Martin Wolf, acaba de admitir que el mercado no puede resolver la crisis ecológica del cambio climático (5).

Evidencias como esas explican la necesidad de las transiciones largas enfocadas en alternativas al desarrollo. Distintos aportes latinoamericanos se han caracterizado precisamente por pensar, imaginar y discutir alternativas, y una vez que ese cometido se cumple, se entiende que es posible diseñar acciones para alcanzarlas. Estas pueden ser transformaciones rápidas o transiciones paulatinas.

En cambio, las transiciones cortas esquivan ese proceder; no necesitan discutir una alternativa distinta

al desarrollo, y por ello regularmente se convierten en tránsitos que son ajustes instrumentales o gerenciales. Muchas veces esto pasa desapercibido, ya que hay transiciones que emplean un lenguaje radical estridente, pero con contenidos concretos que en realidad determinan que sean tránsitos entre variedades de desarrollo.

Las organizaciones ciudadanas deben estar muy atentas a todas estas particularidades. Si aún con las mejores intenciones, se autolimitan a considerar únicamente las transiciones cortas, estarán erosionando al mismo tiempo sus propias capacidades para imaginar y diseñar otros futuros.

Deben poner atención a que las transiciones, así como otras estrategias alternativas, no sean meros títulos o eslóganes. Se deben tener claras las metas, y la estructura y función de las acciones necesarias para alcanzarlas; sus componentes deben estar articulados con coherencia, con secuencias y jerarquizaciones organizadas, y que sean correspondientes con los fines.

Necesariamente deben abordar cuestiones clave que las transiciones superficiales evitan o anulan. Por ejemplo, qué significa “justo” en las transiciones justas, y cuáles son las ideas de justicia que deben defenderse desde América Latina. Del mismo modo, cómo incorporar las epistemologías del sur y los saberes locales que usualmente son anulados. O bien, cuáles deben ser las exigencias para asegurar una verdadera información y participación ciudadana.

Finalmente, las transiciones y las alternativas deben resolver si aceptan la imitación o se lanzan a un pensamiento propio latinoamericano. Deben considerar si apuntarán a nuevas reformas o a transformaciones sustanciales, y ello obliga a optar entre transiciones cortas o largas. Son tareas que necesariamente deben ser protagonizadas por la sociedad civil, ya que se deben atender las historias, los ambientes y las urgencias de cada rincón latinoamericano. El antídoto a la copia, la imitación o la imposición está en ese pensamiento propio.

Notas

1. Capitalismo nada más. El futuro del sistema que domina el mundo, B. Milanovic, Taurus, Madrid, 2020.
2. Estimaciones en 2020; Consumo energético de la industria minera creció 33% en la última década, Minería Chilena, 30 noviembre 2020, <https://www.mch.cl/negocios-industria/consumo-energetico-de-la-industria-minera-crecio-33-en-la-ultima-decada/>
3. A just transition for the Amazon: A mission-oriented framework, M. Mazzucato y J.P. Braga, UCL Institute for Innovation and Public Purpose, Working Paper Series, 2024-15, octubre 2024.
4. Sobre las opciones para esta región, véase Amazonia: transiciones y alternativas antes del colapso, E. Gudyas, La Libre, Cochabamba, 2024.
5. Market forces are not enough to halt climate change, M. Wolf, Financial Times, 2 julio 2024.

Agradecimientos: Lucio Cuenca, Oscar Campanini y Javier Arroyo Olea revisaron, comentaron y enriquecieron estas ideas.

INFORME GLOBAL ofrece análisis y reflexiones sobre la globalización y sus implicancias sociales, políticas, económicas y ambientales, desde una perspectiva independiente, crítica y rigurosa enraizada en América Latina.

El contenido, las opiniones y las informaciones son de responsabilidad del autor y no comprometen a las instituciones.

Disponible en www.globalizacion.org/informeglobal

El OBSERVATORIO LATINO AMERICANO de la GLOBALIZACIÓN es una iniciativa de **CEDIB** (Centro de Documentación e Información Bolivia), **OLCA** (Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales) y **CLAES** (Centro Latinoamericano de Ecología Social).

Su propósito es abordar los procesos globales que afectan el continente, sus sociedades y ambientes. Sistematiza y organiza información, acompañado a organizaciones ciudadanas, comprometido con las necesidades y coyunturas de la región.

Escríbanos: observatorio@globalizacion.org

Licencia Creative Commons CC BY-NC-SA. Se permite la reproducción del documento siempre que se cite la fuente.

Publicado en Montevideo (Uruguay). ISSN en trámite.

